

Paraguay: Nueva aritmética gobierno - oposición

Rodríguez, José Carlos

José Carlos Rodríguez: Sociólogo paraguayo. Miembro del CDE (Centro de Documentación y Estudios), Asunción.

El 3 de febrero de 1989 fue derribado un presidente y, con él, el mito de una presidencia. Con el dictador vitalicio cayó el vitaliciado: institución presidencial que el general Stroessner buscó implantar, con su figura, e insinuó perpetuar con la candidatura de su hijo, el coronel Stroessner.

Una de las primeras medidas adoptadas por el general Rodríguez con la intención de legitimar interna e internacionalmente su mandato fue convocar a elecciones, aprovechando el prestigio ganado al derrocar al dictador y la desorganización de la oposición.

El éxito electoral fue abrumador y completamente esperado: Rodríguez obtuvo un poco más que el 74 por ciento de los votos presidenciales. Esto es, 894.000 votos, sobre 1.200.000 sufragantes. Su principal contendiente, Domingo Laíno, del Liberalismo Radical Auténtico (PLRA) alcanzó a 240.000 votos, un 20 por ciento de los emitidos. Ningún otro candidato obtuvo más del 1 por ciento de los votos.

Superficialmente nada ha cambiado, salvo la conciencia pública y la voluntad del poder. El país está gobernado por el militar en servicio activo que derrocó al anterior; el comandante de las fuerzas armadas ocupa el palacio de López, obteniendo obediencia del ejército y del partido de gobierno. Este último tiene cautivo a un electorado que vota por obediencia. La oposición al oficialista Partido Colorado, no constituye cifra política bajo el régimen de una ley electoral fascista de distribución de escaños, que otorga el 66 por ciento de los mismos al que sacó más votos. En caso de que se cambiara la ley, hoy las cosas serían peores, porque el oficialismo, a consecuencia de una guerra civil y 35 años de dictadura, cuenta con el 73 por ciento de los votos.

Si salimos del esquema legal y ciudadano, y pasamos al territorio institucional del poder, nos encontramos con la persistencia de la fusión entre Ejército y Partido Colorado, que desalienta toda alternancia real fuera del esquema gubernamental del

partido de gobierno. Pero, sobre la dura piel de las formas dictatoriales sopla un viento nuevo y, bajo ella, se está abriendo paso un poder con nuevo rostro. Parte de los cambios no son sino promesas, pero, incluso éstas obligan al emisor en el presente y lo comprometen en el futuro. Además, hay más que promesas; ya se ven algunos avances concretos.

Cálculos diferenciados

Las elecciones no fueron transparentes y puras, como fuera denunciado por la oposición y reconocido por el poder. Nacieron de las entrañas de la dictadura y llevan su marca en la frente. La ley que las regula, los padrones que las pautaron, la disciplina cívica con que se las ejecutó y la conducta de muchos de sus funcionarios no nos permiten concluir que exista madurez en la sociedad política paraguaya.

Sin embargo, sus resultados ya son confiables. Hubo voluntad democrática de parte del oficialismo, de la oposición y, sobre todo de la ciudadanía. «Sin trampa», los resultados globales de los comicios hubieran sido los mismos. Además, ¿de dónde hubiera podido esperarse mayor pureza?

El Partido Colorado no usa el cuarto oscuro en sus comicios internos; el Partido Liberal (Radical Auténtico) no tiene sus padrones al día; ningún partido político en Paraguay tiene una autoridad electoral imparcial para conducir sus actos comiciales. En todos los casos, aquel que ganó las elecciones pasadas, conduce las próximas. Los efectos nacionales son hijos legítimos de las viejas taras partidarias. Cuando pasamos del ámbito interno de los partidos al ámbito nacional, lo que cambia es la magnitud de las tentaciones, ambiciones y pasiones; ya que ni en uno ni en el otro existe una mecánica electoral que garantice la libertad del sufragante.

Si consideramos el color de los partidos, al Parlamento lo tiene el coloradismo; lo perdieron los demás, pero, si contamos cuántos escaños fueron ganados por los opositores a la dictadura, frente a los que se pasaron al lado del vencedor muy recientemente, son los primeros quienes controlan al Parlamento. El 33 por ciento de los escaños corresponde a los partidos opositores y el 22 por ciento a los colorados «contestatarios», también opositores. El punto es clave, porque lo que está hoy en juego no es sólo el desempeño de la administración actual, sino la instauración de un orden democrático.

En senadores hay 36 bancas, 24 colorados, 10 radicales auténticos, uno febrerista y otro liberal radical. De los 24 senadores colorados, 16 son «tradicionalistas», esto

es, vieja contraparte del ex-dictador, y ocho son colorados «contestatarios». Estos ocho contestatarios, más los 12 opositores, suman 20 votos. En diputados hay 72 curules: 48 colorados, 24 opositores. De los 48 colorados, 32 son «tradicionalistas» y 16 «coniestatarios». Estos últimos, sumados a los opositores, hacen 40 bancas, que superan cómodamente a las 32 del «tradicionalismo».

Las cuentas no se harían de esta manera si el coloradismo votara en bloque siempre y ciegamente. Pero la disciplina «monolítica» del Partido Colorado, esto es, una «obediencia indebida», hoy no está asegurada. Los colorados pueden funcionar en bloque en relación a los intereses de partido, pero no tienen por qué hacerlo para cometer o blanquear la eventual usurpación política del Poder Ejecutivo. Además, la sola existencia, para el oficialismo, de un parlamento no cautivo; y, para la oposición, de la voluntad democrática gubernamental, hace que el juego parlamentario no se oriente ni hacia la mera obstrucción opositora ni al mero «votazo» oficialista, como ocurre cuando el «voto político» determina ciegamente las resoluciones, sin que importen las deliberaciones.

El escenario posestronista

El escenario político paraguayo es simple. No hay, propiamente dicho, izquierda política. La derecha populista carece de fronteras ideológicas y sociales: sus partidos son organizaciones tradicionales de familias ricas y clientelas pobres. El Partido Colorado, que está en el gobierno (73 por ciento de votos parlamentarios) es un viejo partido conservador del siglo pasado, que usa un lenguaje «revolucionario» desde que fue influenciado por el nacionalismo criollo y el fascismo. El Partido Liberal Histórico - más liberal que el colorado, pero más clientelista que liberal - de origen decimonónico, está en la oposición desde 1940. El grueso del mismo mantuvo su dignidad y se abstuvo de participar en el Parlamento de papel de la dictadura: usa el nombre de Partido Liberal Radical Auténtico (20 por ciento de los votos parlamentarios). Las divisiones del mismo, alentadas y corrompidas por el régimen de Stroessner, usan nombre de Partido Liberal (0,48 por ciento de votos para sus candidatos al Parlamento), Liberal Radical (1,3 por ciento de votos parlamentarios), Liberal Radical Unido (0,30 por ciento).

El centro del espectro político paraguayo está formado por el Partido Revolucionario Febrerista, populista, nacido en la posguerra del Chaco (entre Paraguay y Bolivia, 1932-1935) y afiliado a la Internacional Socialista; por la Democracia Cristiana, que apenas es una institución; y el Partido Humanista, que todavía no constituye un partido: nació, de la nada, hace dos meses.

Dos pequeños grupos con algunas docenas de afiliados, ocupan, a nivel simbólico, el lugar de la izquierda inexistente: el Movimiento Democrático Popular y el Partido de los Trabajadores. Ambos se abstuvieron de toda participación en los comicios en los cuales no están interesados.

El presidente Rodríguez ha dicho y repetido que no piensa permanecer en el gobierno, después de fenecido el plazo de su mandato. Busca restablecer la legitimidad de su poder con un lenguaje y conducta «antidictatorial»; se afana en presentarse, a pesar de ser consuegro del ex-dictador, como un «anti-Stroessner». El régimen absorbe conflictos que antes hubieran sido considerados catastróficos para la manutención del orden; como las ocupaciones campesinas y urbanas de tierras privadas baldías; las huelgas y movilizaciones obreras; e incluso una huelga, por aumento salarial, del personal de la policía.

Aún así, temores

lo que los paraguayos temen que se repita: un Ejecutivo que propusiera un nuevo vitaliciado, confiscara la libertad ciudadana, enfrentara los problemas sociales a través de la violencia, usara al Ejército como milicia partidaria, al sufragio para encubrir un nuevo despotismo y a la administración estatal como medio para saquear los bienes públicos. Cualquiera de estos casos, no llevará a los parlamentarios colorados a actuar como bloque. Lo que fue bajo el stronismo el «precio de la paz», factor de orden, hoy despedazaría al oficialista Partido Colorado en una guerra intestina, obligaría al Ejecutivo a traicionar toda su política y a enfrentarse al Parlamento. Se pasaría del actual consenso a una situación de dictadura militar pura.

El tiempo de libertad, todavía bajo las instituciones de la dictadura, constituye la condición del tránsito de un régimen a otro. A la larga se impondrán las instituciones del pasado o la voluntad del presente. El proceso es recíproco: una cultura y voluntad democráticas erigen instituciones democráticas y éstas últimas garantizan a aquéllas. Las elecciones podrán ser limpias, libres y concurrenciales, formalmente y en su contenido, cuando ellas sean la expresión de la soberanía popular hoy todavía confiscada por el Ejército, aunque ya con otros propósitos. El desarrollo de la democracia podrá «limpiar» y «afinar» al sufragio, y éste dar testimonio del desarrollo de aquélla, en la medida en que la transición política prosiga su itinerario.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 102 Julio-Agosto de 1989, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.